

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO II.—TOMO II. | SAN SALVADOR, DOMINGO 2 DE JULIO DE 1882.

| NUM. 57

COLABORACION.

JESUCRISTO, LUZ DE LAS NACIONES.

“Mis ojos han visto al Salvador, que has colocado á la faz de los pueblos, como una *luz que se revelará* á las naciones.”

Con estas palabras bendecía y daba gracias infinitas á Dios el santo viejo Simeon, por haberse dignado enviar al mundo al Redentor del género humano. Jesucristo confirmó mas tarde la augusta profecía que ellas extrañan, pronunciando estas palabras, que hasta entónces no habian podido salir de labios mortales: “Yo soy la *luz* del mundo; el que me sigue no marcha en las tinieblas, sino que tendrá la *luz de la vida*.”

Esa *luz de la vida*, de que nos habla Jesucristo, es la que ha venido á producir la mas completa trasformacion en el universo, y á convertirse en un acontecimiento inmenso para los hombres y para los pueblos. Costumbres, hábitos, doctrinas, leyes, instituciones: todo, en el mundo intelectual y moral, ha venido á recibir de sus rayos vivificantes esos graciosos y bizarros colores que distinguen, en todos sus matices, á la moderna civilizacion cristiana.

El mundo entero, antes de Jesucristo, estaba sumergido en las mas densas y profundas tinieblas, en las tinieblas de la ignorancia, de la perversion moral y de la muerte: entregado á los errores mas monstruosos y á los vicios mas abominables, se hundía á cada instante en el abismo de su perdicion y de su ruina. Por todas partes se habia oscurecido la nocion del verdadero Dios, y una espesa nube ocultaba los conocimientos mas fundamentales sobre nuestro origen, nuestra naturaleza, nuestros deberes y destinos.

Mientras que el pueblo se recreaba en las desfiguradas tradiciones, y se sumergía en el abismo insondable de una vergonzosa idolatría, la ciencia antigua se esforzaba por alcanzar la verdad, que las pasiones escondian en el cieno de una espantosa corrupcion. Ensayaba formarse la idea de un Dios; pero ese Dios era la mezcla confusa de todos los seres, la ridícula amalgama de todas las contradicciones, el principio impotente que dividía con el génio del mal el soberano imperio de las cosas, un monarca egoísta que se encierra dentro de sí mismo para gozar, y que deja al mundo vagar libre y sin guía por los espacios caprichosos del destino. Ese Dios, forjado por una extraviada fantasía, es un Dios que ahoga la li-

bertad en el océano de un fatalismo degradante, y que cierra los oídos á las súplicas de la humanidad desventurada; es un énte de razon que se llama *Naturaleza*, una abstraccion metafísica que se apellida *Fuerza*. Es, por último, la materia ciega y sin inteligencia; pero infinita, eterna, subsistente por sí misma, y cuyo seno es el vasto manantial de todas las existencias.

Las ideas morales se hallaban perdidas en ese oscuro laberinto de ideas metafísicas, y la corrupcion de las costumbres era la natural consecuencia de la contradiccion en los principios. ¿De dónde venimos nosotros? ¿Quiénes somos? ¿Para dónde vamos? Estas cuestiones, que reasumen los mas altos y fundamentales problemas de la humanidad y de la ciencia, eran resueltos en el sentido de una arbitrariedad caprichosa, y llevaban las conciencias á los mas deplorables extravíos.

Las fábulas daban al hombre una ascendencia divina y un origen celestial; pero tambien hacian de Dios un océano infinito que llevaba en su seno los gérmenes de las cosas, un torbellino eterno, un informe conjunto de átomos, que por el azár y los mas felices encuentros, obraban combinaciones las mas estupendas y armoniosas.

El hombre, segun la ciencia pagana, era semejante al bruto, ó ya tambien una pequeña porcion de lo infinito: á veces con alma, á veces sin ella, ó con dos ó tres almas en lugar de una. La naturaleza de esta alma era del todo desconocida: para unos era espíritu, para otros un agregado de átomos.

Contemplar la belleza, dejar que nuestra voluntad se arrastre en pós de un destino ciego y fatal, poner orden en las sensaciones, medir el placer por la fuerza del temperamento, hacer consistir todo el bien en el deleite, y el mal en la falta de goces materiales, imitar á los dioses que la pasion ha fabricado, exagerar el honor de la virtud en provecho del orgullo: tales eran las máximas y principios en que se apoyaba la moral del paganismo. El destino único del hombre se reducía á perderse, sin conciencia personal y sin recuerdos, en las vagas regiones de lo infinito, rodar eternamente de un cuerpo en otro cuerpo, de un astro en otro astro, tomar posesion de un paraíso sensual y lleno de placeres, y extinguirse despues en el abismo de la nada y del vacío!

Y todas estas doctrinas, todas estas teorías, todas estas aplicaciones morales, se apoyan en un excepticismo humillante, porque el error antiguo, lo mismo que el error moderno, nada afirman con certidumbre y con aplomo. Sócrates, Platon, Aristóteles, Ciceron, Séneca, y otros grandes sábios de la antigüedad, despues de haber escrito alternativamente el pró y el cóntra de todos los problemas que se propusieron re-

solver, quedaron sumergidos en un absoluto excepticismo.

Por el contrario, Jesucristo nos ha enseñado toda verdad en el orden moral y religioso; y esto no solo con su doctrina, sino también con sus ejemplos. El símbolo de nuestra fe prueba evidentemente, que un niño cristiano sabe hoy día mucho más que todos los filósofos antiguos, respecto de las verdades más trascendentales del espíritu humano. "Yo quisiera, dice Voltaire, que para nuestro placer y nuestra instrucción, todos los grandes filósofos de la antigüedad, como Zoroastro Trismegisto, Numa, volviesen hoy á la vida y conversasen con Pascal, ¿qué digo? con los hombres menos sabios de nuestros días. . . . Pido perdón á la antigüedad, pero creo que ellos harían una triste figura. ¡Pobres charlatanes!"

Y no solo en el orden moral y religioso ha sido Jesucristo la luz del mundo, sino también en el orden intelectual y material, en las ciencias, en las bellas artes, en las artes, en la industria, en la agricultura y en todos esos elementos combinados, cuyo admirable conjunto forma lo que hoy se llama *civilización cristiana*.

Mucho tiempo ha sido menester para que el cristianismo mejore las costumbres, ilumine las inteligencias, convierta las naciones, organice la sociedad moderna. La edad media, muy preocupada con los intereses sobrenaturales del espíritu, poco cuidado se tomaba en cultivar con fervor y con suceso las ciencias naturales: y cuando ya comenzaba valerosamente á abordarlas, el renacimiento le salió al encuentro para detener su cristiano entusiasmo, y volver á empezar la lucha secular de la carne contra el espíritu. Esto no quita que la luz científica sea un destello de la luz evangélica, y que todas las conquistas y los progresos de las ciencias, de la industria y de las artes, sean un fruto del cristianismo.

Por esto es, sin duda, que las solas naciones sabias é industriales son las naciones cristianas, y que el progreso, la invención, los descubrimientos, son patrimonio de los pueblos á quienes ha alumbrado más ó menos la luz de Jesucristo; así como, por el contrario, en los pueblos y naciones privados de esta luz, las ciencias, las artes y la industria no nacen, ó si nacen, se reducen á una mera rutina mecánica, como en el Japon y la China.

Esclarecidas por la fe, la inteligencia se dilata, la voluntad se fortifica, y las aspiraciones del corazón se ensanchan y ennoblecen; y es bajo la influencia de tales circunstancias, que el hombre aspira á dominar los sentidos, y avasallar la materia y la naturaleza corporal y sensible.

La fe, enseñando al hombre por divina autoridad verdades que de otro modo agotarían sin provecho sus fuerzas intelectuales, le libra del desaliento y del excepticismo, le suministra una base fija, y con la difusión y unidad de luces, crea una especie de sentido común que le defiende eficazmente de sus individuales extravíos. Es la fe *telescopio de la razón* para ver las verdades muy distantes de su natural alcance, al mismo tiempo que una *palanca* poderosa que centuplica las fuerzas del espíritu para poner á disposición de cada uno los esfuerzos colectivos de todos.

Estableciendo la fe una íntima comunicación entre Dios y el alma, entre la verdad y la virtud, deposita en el hombre un principio de vida, que es al espíritu, lo que el espíritu al cuerpo; esto es, concentra sus fuerzas, impulsa sus movimientos, dirige sus aspiraciones, y preserva sus resultados de la corrupción y del error. Así es como se explica que el espíritu humano, adormecido tanto tiempo en brazos de la mentira, y prolongando por tantos siglos su infancia, se haya repentinamente levantado á una considerable

altura, hasta hoy desconocida en las edades precedentes. "Cuando vosotros veis, dice también Voltaire, que la razón hace progresos tan admirables, y solo en el momento de la predicación del Evangelio, mirad la fe como una aliada que viene en vuestra ayuda, y nó como un enemigo á quien es preciso atacar: procurad acariciarla, y no temerla."

La prueba práctica de que la luz de la fe es también la luz de la ciencia, se encuentra en que los más nobles representantes de la razón humana, y de sus progresos científicos bajo todas sus formas, han sido fervientes adoradores y discípulos de Jesucristo. El mismo D' Alembert decía: "Se podría fácilmente hacer la lista de los grandes hombres que han mirado la Religión como la obra de Dios; lista al menos suficiente para imponer silencio á una turba de conjurados, enemigos impotentes de las verdades necesarias al hombre, que Pascal ha defendido, que Newton creía, y que Descartes ha respetado."

Bacon, reputado con justicia como el sabio fundador de las escuelas experimentales, llamaba á la fe *aroma de las ciencias*; y añadía, que la "muchacha ciencia nos conduce á Dios, y la poca ciencia nos separa de Dios." ¿Qué pensaría Bacon si, volviendo á la vida, observara que muchos de los que confiesan hoy profesar sus teorías experimentales y dedicarse al cultivo de las ciencias de observación, creen haber entre estas y la Religión cristiana un perfecto antagonismo y un completo desacuerdo? ¿Qué juzgaría de esos gritos desaforados, con que algunos atruenan los oídos para atacar á la Religión en nombre de la ciencia, y mostrar á la razón en abierta oposición con la fe?

Todavía es más palpable que la luz del cristianismo ha derramado sus vivos y divinos resplandores sobre la humana inteligencia, si se consideran las ciencias morales, jurídicas, políticas y sociales. Fijadas por las celestiales doctrinas del divino Redentor las nociones más exactas y perfectas sobre la naturaleza del hombre y de la sociedad, sobre el origen de uno y otra, y sobre sus nobles aspiraciones y destinos, aquellas ciencias no han podido menos que recibir una dirección conveniente y una perfección admirable. Las bases fundamentales del orden social y político, y las nociones más ajustadas del derecho y la justicia, han quedado así constituidas en completa armonía con la esencia y naturaleza de nuestro ser individual y social, así como puestas de frente, y con una solidez inquebrantable, ante el formidable impulso de las pasiones y del interés mal calculado. La detestable institución de la esclavitud; la odiosa clasificación de las castas; el despótico predominio sobre la mujer, y su degradante humillación; el injustificable derecho de vida y muerte sobre los esclavos y los hijos; el ominoso yugo tendido á los pueblos débiles por el derecho de conquista, de que usaban los más fuertes; la desigualdad social y civil de los individuos, y la política de las naciones; la declarada hostilidad á los extranjeros, que hacia sinónimas y nacidas de una misma raíz las palabras *hostis* y *hospes*; la arbitraria y ficticia constitución de la familia civil, para hacer de ella una rueda de máquina en el general movimiento de la sociedad política: estas, y otras muchas instituciones semejantes, que constituían el fondo de las antiguas civilizaciones, y aun de las modernas no informadas por el principio vital del Evangelio, han desaparecido á los golpes dados por las sabias doctrinas de la Religión cristiana, y á los nobles impulsos comunicados al hombre, á la familia y á la sociedad con la aplicación de sus máximas consoladoras y divinas.

Bastaría una sencilla comparación para conocer y apreciar la inmensa distancia que separa las antiguas civilizaciones de la moderna civilización cristiana.

El paganismo divinizaba al Estado, y en sus aras sacrificaba al individuo y la familia, fingiendo un bienestar general, de que nadie podía disfrutar: el cristianismo diviniza al individuo, y consagra la familia, para promover la perfección del Estado, cuyo bienestar general y supremo destino consisten en que todos gocen de una felicidad verdadera y cumplida, bajo las sólidas bases de una fraternidad, de una igualdad y de una libertad bien entendidas, desarrolladas y perfectas. Para el paganismo el individuo y la familia eran medios, y el Estado era un fin: para el cristianismo, por el contrario, el Estado es un medio, y la familia y el individuo son los fines. El ateniense en el *Agora*, y el romano en el *Foro*, eran todo; pero en el recinto de la vida privada, y en el hogar doméstico, eran nada, pobres y desvalidos ciudadanos, á quienes de ordinario faltaban hasta los medios mas comunes de subsistencia, como el lacedemonio que vendía su poder político por el derecho de comer en un banquete comun la famosa *salsa negra*. El cristiano, ya se le llame francés, inglés, belga ó alemán, ejerce derechos políticos para mejor garantizar sus derechos naturales y civiles, y atender así al bienestar de sí propio, de su familia y de su patria, con el goce de una felicidad tranquila y duradera.

Jesucristo, pues, es la *luz del mundo, que se revela á las naciones*; y esto, no solo en el mundo religioso, moral y social, sino tambien en el mundo material, y en el mundo de las ciencias humanas. La fé de Jesucristo es la única salvaguardia de la ciencia verdadera y de la civilización perfecta. En el porvenir, lo mismo que en los tiempos pasados, las naciones y los pueblos que la abandonen, caerán necesariamente en la barbarie.

El inmortal autor del *Espritu de las leyes* arrancó del fondo de su pecho, con sobrada razón y justicia, esta confesión sublime: "¡Cosa admirable! dice, la Religión cristiana, que parece no haber tenido mas objeto que la felicidad de la otra vida, causa tambien nuestra felicidad temporal en la presente."

San Salvador, Junio de 1882.

M. F. Vélez.

SECCION PIADOSA.

COLABORACION.

San Pedro y San Pablo.

El dia 29 de Junio ha celebrado la Santa Iglesia, con la primera solemnidad de sus ritos, la festividad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, ó sea el aniversario de su glorioso tránsito á los cielos.

Al hacerlo así todos los años, excita la piedad de los fieles, dirigiendo á Dios esta fervorosa plegaria.

"O Dios, que has consagrado este dia con el martirio de tus Apóstoles Pedro y Pablo, concede á tu Iglesia la gracia de seguir en todo los preceptos de aquellos, de quienes la religion tomó principio."

Los individuos, lo mismo que las familias y las naciones, suelen celebrar el aniversario de su nacimiento, ó el de las fechas memorables de aquellos sucesos, que han dado origen á su existencia y actual prosperidad, ó bien al establecimiento de sus mejores y mas caras instituciones. La Iglesia celebra, por el contrario, el aniversario de la muerte de sus hijos, y de los héroes que mas la han honrado con sus grandes virtudes, porque es entonces cuando empieza para ella la era de verdadera libertad en el espíritu, y de vida bienaventurada y feliz para las almas.

El héroe mundano, si no ha causado grandes bienes en

pró de la humanidad, apenas deja, despues de su muerte, un efímero recuerdo de sus acciones, que será mas ó menos duradero, segun la índole y las ideas de las generaciones que le suceden, y segun los elementos tambien de la civilización de que ha hecho parte. Pero el héroe cristiano deja siempre en pós de sí una ráfaga perpétua de brillante luz, que marca en el trascurso de los siglos el paso luminoso de su veloz carrera, y que alumbrando su interesante figura, la hace mas resplandeciente en los mas lejanos tiempos, para ofrecer á los hombres modelos perfectos de esforzadas virtudes que imitar.

Pedro y Pablo, Príncipes de los Apóstoles, recibieron la gloriosa palma del martirio, sellando con su sangre la fé que predicaron, durante la persecución de Nerón, que fué la primera de las persecuciones oficiales que el paganismo, ya herido de muerte por la enseñanza cristiana y vacilante sobre el trono de su dominación secular, decretó contra la divina institución de la Iglesia.

Bajo el imperio de una misma sentencia, fueron uno y otro martirizados el mismo dia del año 66 de nuestra era.

Pedro fué crucificado cabeza abajo sobre el monte Janículo, en el lugar llamado *Montorio* (ó Monte de oro), á los 76 años de su edad.

Pablo fué decapitado á los 68 de la suya sobre una pequeña colina, situada junto á las *Aguas Salvas*, hácia la izquierda del primer miliario de la *Via ostiense*.

San Pedro fué el Príncipe de los Apóstoles, y constituido por Jesucristo Gefe supremo de la Iglesia universal. En las santas escrituras se le designa siempre el primero, y fué tambien el primero á quien Jesucristo llamó para formar su divino Apostolado.

Su nombre primitivo fué *Simon*, pero el divino Maestro le cambió en el de *Céfas*, que significa *Piedra* ó *Pedro*, para dar á conocer el alto rango en que muy pronto debería ser colocado. Análoga conducta ha observado siempre Dios en la suprema economía con que atiende al desarrollo histórico de la verdadera religion. Los nombres de Abram, Sarai y Jacob, fueron cambiados en los de Abraham, Sara é Israel, que llevan el significado de elevados caracteres.

La Iglesia tiene en su sagrada jerarquía el sello mas augusto de su celestial origen y de su divina institución. El Primado de honor y de jurisdicción, concedido á San Pedro y á sus legítimos sucesores los Pontífices romanos, es el centro de esa unidad sublime, de donde toman toda su fuerza las doctrinas de la Iglesia y las enseñanzas del cristianismo.

Nada mas sencillo que el relato evangélico en que se nos refiere la institución del Primado de San Pedro.

"Vino Jesus á los alrededores de Cesarea de Filipos, y preguntó á sus discípulos diciéndoles: ¿Quién dicen los hombres, que es el Hijo del hombre? Los discípulos respondieron: Unos dicen que es Juan Bautista, otros que es Elías, otros Jeremías ó alguno de los profetas. Y vosotros, replicó Jesus, ¿quién decis que soy? Respondiendo Simon Pedro dijo: Tú eres el Cristo, Hijo del Dios vivo. Y respondiendo Jesus, le dijo: Bienaventurado eres, ó Simon, hijo de Juan, porque no es la carne ni la sangre quienes te han revelado este misterio, sino mi Padre que está en los cielos. Yo tambien te digo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos: todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en el cielo, y todo lo que desatares sobre la tierra, desatado será tambien en el cielo."

Ya resucitado Nuestro Señor Jesucristo, y hallándose sobre los bordes del mar de Tiberiades, exigió de Pedro una triple confesión, nó de su fé, sino de su amor. Una vez obtenida con las mas sinceras protestas, le dirigió estas notables palabras: "Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas." Jesucristo, por medio de estas palabras, y en cumplimiento de su divina promesa, establece á Pedro de hecho Gefe Supremo de su rebaño y de su reino, y le entrega tambien de hecho la soberana autoridad en su Iglesia. Esta se compone de fieles represen-

tados por los *corderos*, y de obispos ó pastores representados por las *ovejas*. En el lenguaje bíblico *apacentar* significa *gobernar*.

Tenemos, pues, que Jesucristo declaró que establecería una Iglesia, cuyo fundamento y cuyo Jefe sería Pedro: también declaró que las puertas del infierno, ó sea todos los poderes de que el géneo del mal puede disponer, aunque siempre conjurados, jamás llegarían á prevalecer contra ella.

Naturalmente ocurre preguntar aquí: ¿y se ha cumplido ese divino oráculo, esa solemne profecía? Indudablemente que sí.

Jesucristo edificó su Iglesia, fué Jefe de ella San Pedro, y despues de su muerte han continuado siéndolo sus legítimos sucesores en el Pontificado romano. El infierno, ó sea el géneo del mal, se ha desencadenado incesantemente contra esa Iglesia de Pedro; pero nunca ha logrado prevalecer ni triunfar.

Pedro predicó la nueva evangélica en el Ponto, Bitinia, Capadocia, Asia menor, Antioquía y Roma. Visitó algunas de las Iglesias recientemente establecidas por sus compañeros en el apostolado; convocó y presidió tres concilios en Jerusalem, que dieron la norma de los futuros concilios ecuménicos; respondió á varias consultas de San Pablo, y de los otros apóstoles y pastores; dió algunos decretos de disciplina; mandó escribir en griego el evangelio de San Marcos; él mismo escribió á todas las Iglesias, que habia fundado, dos epístolas llenas de sabiduría, de unción y de doctrina; estableció su silla pontifical primero en Antioquía, metrópoli del oriente, y la trasladó mas tarde á Roma, capital del imperio del mundo, donde murió despues de un Pontificado glorioso de mas de 25 años.

En la falda oriental del monte Janículo, y junto á la Iglesia de San Pedro *in Montorio*, se levantan hoy dia dos magníficos monumentos, que llaman la atención de todos los peregrinos y viajeros, y que son un fruto de la sublime inspiración del arte cristiano: el precioso Templete del Brabante sobre el punto mismo de la crucifixión de San Pedro, y el magestuoso obelisco que descuella en medio de un jardín delicioso, y á la vista misma de la Ciudad eterna, para recordar la celebracion del último Concilio vaticano. Entre ambos monumentos media la enorme distancia de diez y nueve siglos, que la Iglesia de Pedro ha recorrido en medio de arcos de triunfo, y recogiendo á su paso, para colocar en sus sienes, palmas de espléndidas victorias.

En toda esa larga série de siglos ha venido cumpliéndose la profecía del Divino Salvador: *Quién cayere sobre esa Piedra se hará pedazos, y sobre quien esa Piedra cayere le aplastará.*

San Pablo, originario de Tarso, pariente y discípulo de Gamaliel, celoso partidario de la secta de los fariseos, no conocía mas amigos que los que lo eran de su escuela y de su raza.

Perseguía con furor y rabia satánica al cristianismo y todo lo que rompía las antiguas tradiciones de sus padres. Pero cuando despues de su maravillosa conversión, hubo reconocido y adorado á Jesucristo, mostraba toda la expansión de su alma con estas palabras, que encierran una ciencia verdaderamente inspirada de lo alto: "Ya no hay distinción de judíos y gentiles, circuncisos é incircuncisos, griegos, bárbaros ó scitas, hombres esclavos y libres. Ya no hay mas que Jesucristo: El es todo en todos, y todos no son mas que una sola cosa en El. Yo me debo por su amor, nó á un pueblo, nó á una secta, sino á todos los pueblos civilizados y salvajes, á todos los hombres sabios é ignorantes, sensatos é insensatos. La caridad de Jesucristo me hace fuerza. Llevo en mi seno y en mis entrañas lo que ha sido rescatado con su sangre. Derramaría con gusto toda la mia por el habitante mas desconocido de la mas remota region del universo. De libre que ántes era, me he hecho esclavo de todos: recorro toda la tierra para servir á mis prójimos, llorando con los que lloran, alegrándome con los que se alegran, sufriendo sin quejarme el hambre, la sed, la desnudez, las

fatigas extremas y las mas crueles persecuciones, olvidándome de mí mismo, y haciéndome todo para todos, á fin de unirlos á todos bajo la dulce ley del Dios de misericordia y de amor."

Estas solas frases, expresadas con evangélica sencillez, contienen el mejor y mas cumplido elogio del Apóstol de las naciones, de ese *Vaso de elección* predestinado por Dios para anunciar su ley en todos los lugares del mundo y á través de todos los siglos. Ellas son el encomio mas perfecto de la caridad cristiana y de la alta filosofía que entraña la sublime enseñanza de Jesucristo.

Pablo era de la tribu de Benjamin, y parece que á él se aplica la antigua profecía de Jacob al morir: "Benjamin, lobo rapaz, que por la mañana devora su presa, y por la tarde divide sus despojos." Pablo es ese *lobo rapaz*, que en la mañana de su vida perseguía cruelmente y sacrificaba á los cristianos, y en la tarde de su apostolado dividía los despojos de las naciones convertidas al cristianismo y postradas ante el misterio de la cruz.

El mismo Apóstol nos cuenta gráficamente su prodigiosa conversión: "Yo atormentaba, dice, á los cristianos en las sinagogas. Mi furor se acrecentaba cada dia hasta el exceso. Me hallaba á las puertas de Damasco, y ví una luz mas resplandeciente que el sol. Caí en tierra, y al caer, oí una voz que me decía: Saul, Saul, ¿por qué me persigues? Yo respondí: ¿quién sois Señor? El Señor me dijo: Soy Jesus, á quien tú persigues: yo te mando á los gentiles para que los conviertas de las tinieblas á la luz, de Satanás á Dios."

Desde este momento comenzó la gran misión del Apóstol: predicaba en las sinagogas que Jesucristo era el Hijo de Dios, y á los gentiles que el reino del Dios verdadero era ya venido. Su ministerio era soberanamente eficaz, y le acompañaba con el heroísmo de todas las virtudes, del amor de Dios, del amor de Jesucristo, y del amor de todos sus hermanos, amigos y enemigos. Los hombres de todas las edades y condiciones, los sábios lo mismo que los ignorantes, los filósofos lo mismo que los literatos, artistas y artesanos, las aldeas, los pueblos, las grandes ciudades, todos se convertían por millares y abrazaban el cristianismo al impulso poderoso de su divina y elocuente predicación.

Nada mas imponente que el espectáculo que nos ofrece Pablo predicando la nueva doctrina en medio del Areopago de Atenas, que era la mas augusta asamblea de sábios que habia en toda la Grecia y en el mundo entero. Allí se vió encarada, y frente á frente, toda la sabiduría del mundo antiguo con la doctrina redentora de Jesucristo, toda la filosofía y la ciencia del paganismo con la locura de la cruz. Allí sucedió lo que sucede siempre que la razón humana queda vencida: unos creyeron, otros dijeron que despues hablarían de ello.

Corinto, á pesar de la presencia de los siete sábios, continuó siendo la ciudad mas corrompida del universo. Pablo, ayudado de un judío artesano, predicó á esta ciudad impúdica la mortificación de los sentidos y el desprecio de las riquezas, y toda ella se convirtió á la religion cristiana.

San Pablo puede considerarse con justicia como el fundador de la filosofía cristiana, de la teología católica, del derecho público moderno. No hay un solo sabio, en cualquiera de los ramos de las ciencias humanas, que no le cite con profundo respeto, y que no encuentre en sus admirables epístolas los mas recónditos y preciosos tesoros de su divina y humana sabiduría. De su carta á los Romanos aparece el profundo conocimiento que tenia de todos los sistemas filosóficos del Oriente, Grecia y Roma, así como de la otra á los Hebreos se descubre su vasta ciencia y su extensa erudición sobre las profecías y todos los misterios de la redención humana.

Llegado el Apóstol al término de su santo apostolado, decía á Dios con toda la simplicidad de su grande alma: "He consumado mi carrera, he combatido el buen combate, he guardado la fé. Solo me resta ya la corona de la justicia, que me está reservada, y que el justo Juez no me hará esperar por mucho tiempo."

Así sucedió en efecto: su noble y santa cabeza, cortada de un solo tajo, rodó á los piés del verdugo; pero su tumba, mas gloriosa que la de los grandes conquistadores, emperadores, potentados y filósofos, está abrigada por una inmensa

y espléndida Basílica, á que vienen á orar los peregrinos de todo el mundo. Ese magnífico monumento, situado en un valle delicioso junto á las márgenes del Tiber, y en los afueras de las murallas romanas, está adornado y enriquecido con todas las munificencias del arte cristiano, y con todos los cuantiosos donativos que la fé de los reyes y de los pueblos ha depositado á los piés del gran Apóstol.

A poca distancia de la suntuosa Basílica, verdadero museo y preciosa galería de todas las obras maestras de las artes plásticas, inspiradas por el sublime génio del cristianismo, se levanta festiva y alegre, sobre la misma colina y en el propio lugar en que rodó la sagrada cabeza, la bonita Capilla de las *Tres fuentes*, cubierta de vistosos y riquísimos mármoles, para abrigar los tres saltos de agua misteriosa, caliente, tibia y fría, con que fueron señalados milagrosamente los puntos en que dió tres botes al desprenderse del cuerpo del Apóstol.

“Cuanto mas miramos á este hombre extraordinario, dice Castelar hablando de San Pablo, mas nos sorprende el maravilloso destino que representa en la historia inmortal del cristianismo. . . Sin darse punto de reposo, sin sentir nunca desaliento ni duda, emprende su guerra contra toda una civilizacion, que habia sido el alma de muchos siglos y la vida universal de infinitas generaciones.”

San Salvador, Julio 1.º de 1882.

M. F. Vélez.

HISTORIA PATRIA.

ESTUDIO HISTORICO

SOBRE LA ERECCION DE LA MITRA DEL SALVADOR.

INTRODUCCION.

Un historiador contemporáneo ha dicho: “no es posible comprender el nuevo período de la vida de un pueblo, sin conocer bien el que le precedió; porque de él nace y él es el que le ha engendrado.”

La evidencia de este principio demuestra la necesidad de conocer bien el estado religioso en que se encontraba el Salvador, antes de su ereccion en Obispado, para comprender bien el movimiento y carácter de esta transicion, así como tambien la razon de ser, el desarrollo, los vicios ó cualidades de sus actuales instituciones eclesiásticas.

Por tanto, para que este trabajo sea completo, es necesario historiar:

I.º el estado en que se encontraba el Salvador antes de su independencia política verificada en 1821:

II.º Desde esa época, en que propiamente hablando comenzó á prepararse y realizarse la ereccion del Obispado, hasta su consecucion en 1842; y

III.º Desde su establecimiento, hasta el año de 1875, en que la muerte de uno de sus mas esclarecidos Prelados, el Ilmo. Señor Zaldaña, marca una época importante de su consolidacion y desarrollo.

PARTE PRIMERA.

ESTADO EN QUE SE ENCONTRABA EL SALVADOR EN EL ORDEN CIVIL, RELIGIOSO Y POLITICO ANTES DE LA INDEPENDENCIA.

CAPÍTULO I.º

ESTADO DEL SALVADOR EN EL ORDEN CIVIL.

§ 1.º

De la Capitanía General de Guatemala.

Lo que ahora es la República del Salvador, era, antes de la independencia, dos Provincias de la anti-

gua Capitanía General de Guatemala, llamadas, la una *Intendencia del Salvador*, y la otra *Provincia de Sonsonate*.

La antigua Capitanía General de Guatemala comprendía todo el territorio que despues se llamó América Central, más la Provincia de Chiapas que pertenece hoy á Méjico.

Conquistada en su mayor y principal parte el año de 1524 y siguientes por el Capitan Don Pedro de Alvarado, comisionado por Hernan Cortés, fué primero una Provincia de Méjico: pero 4 años despues el Emperador Cárlos V hizo de ella un reino separado, directamente dependiente de la Corona de España.

El Gobierno general estaba representado por un Presidente ó Capitan General y por una Real Audiencia.

El Capitan General tenia el carácter de Gobernador del Reino, Presidente de la Real Audiencia, Vice-Patrono de la Iglesia, General en Jefe del Ejército. Era nombrado directamente por el Rey de España y sus poderes determinados por las instrucciones que recibia en su nombramiento y por las resoluciones del Consejo de Indias. Ordinariamente daba cuenta de sus actos á la Corte, y extraordinariamente era residienciado por Visitadores enviados por el Rey.

Sin contar con Don Pedro de Alvarado, hubo una serie de mas de 44 Capitanes Generales, entre los que muchos se distinguieron notablemente por su valor, por su ilustracion y por su beneficencia.

La Real Audiencia, erigida en 1542, tuvo algunas modificaciones en cuanto al lugar de su residencia y al número de Oidores que la componian; lo mismo que en cuanto á sus atribuciones, reglamentos interiores, uniformes y á sus tratamientos honoríficos.

El Gobierno general tenía ademas otros cuerpos é instituciones políticas con que fué ampliándose sucesivamente, como la Casa de moneda, Direccion de tabacos, Administracion de alcabalas, Aduanas marítimas, Contaduría mayor, Comandancia militar, Tribunal de Consulado, & &, que entendían especialmente en algunos de los diferentes ramos de la Administracion general.

La Capital de todo el Reino era Guatemala, fundada provisionalmente por Don Pedro de Alvarado el 25 de Julio de 1524. Dos años mas tarde se trató de darle un asiento formal, y despues de largas deliberaciones sobre el sitio, se estableció en el llamado *Ciudad vieja* el 22 de Noviembre de 1527.

Pero habiéndose arruinado por fuertes temblores, á los que siguió una gran inundacion de agua que arrastró gran cantidad de piedras y árboles desde la cima del volcan en cuya falda estaba, sus habitantes se trasladaron á otro lugar, distante como una legua al Nordeste.

El mismo dia 22 de Noviembre, pero del año 1542, se hizo la delineacion de la nueva Capital, llamada hoy *Antigua Guatemala*, que, por su fertilidad, abundancia de aguas, suavidad de su clima, y por mas de treinta poblaciones que la circundan á distancia de dos leguas, muy pronto llegó á ser una de las mas importantes de la América.

La solidez, elegancia y valor de sus edificios públicos demuestran su cultura y su riqueza; entre ellos se distinguen su Palacio Real, ó Casa Consistorial por la elegancia de su forma y por la hermosa galería que tiene al lado de la plaza, compuesta de arcos y columnas de piedra.

Mas de treinta y ocho templos revelan su piedad y religion: entre todos sobresalía su hermosa Catedral, cuyas ruinas sorprenden aun al observador; las iglesias de Santo Domingo, San Francisco, la Mer-

ced, la Compañía de Jesus, eran otros tantos monumentos de su buen gusto. Tenía diez y seis conventos; ocho de religiosos y ocho de religiosas, siendo el de Concepcion de tales dimensiones, que podían vivir mil personas dentro de sus muros.

Además del célebre Colegio de San Borja, verdadero Seminario de hombres notables, tenía para la educacion de la juventud, dos colegios de niños, uno de niñas, y la Universidad.

Gran número de hermosas casas lucían en sus calles y en sus plazas; y muchas fuentes públicas y de particulares eran provistas de agua, que entraba en la ciudad por tres distintos acueductos.

Pero á pesar de tantas y tan apreciables cualidades, sus habitantes se mantenían en continua alarma y en continuas reedificaciones, por los frecuentes terremotos: hasta que los acaecidos en 1773, les obligaron á trasladar la Capital al *Llano de la Virgen*, nueve leguas distante de aquel sitio.

En él fué fundada la nueva Guatemala, donde merced á las cuantiosas rentas públicas y los capitales de las instituciones eclesiásticas, se comenzaron á construir casi los mismos edificios que habia en la Antigua. Progresivamente fué adelantando la ciudad, hasta llegar al estado actual.

Todo el reino estaba dividido en 15 Provincias; pero no todas tenían la misma categoría. La diferente importancia de cada cual habia creado entre ellas un orden compuesto de cuatro grados, que tenían un gobierno diferente y una administracion particular.

De las 15 Provincias, las cuatro principales se llamaban *Intendencias*, á saber: San Salvador, Nicaragua, Honduras y Chiapas:

Ocho Provincias eran *Alcaldías mayores*, á saber: Totonicapán, Sololá, Chimaltenango, Zacatepequez, Sonsonate, Escuintla y Zuchiltepequez.

Dos tenían el título de *Corregimientos*, que eran Quezaltenango y Chiquimula: y una el de *Gobierno*, que era Costa-Rica.

Segun el padron que se hizo por orden del Rey, en 1778, el reino de Guatemala tenía 805,339 habitantes, poblacion mucho menor que la que habia en tiempo de la conquista, ántes de la cual se asegura que estos países eran habitados por mas de 30 naciones diferentes y populosas.

A fines del siglo pasado esta poblacion estaba repartida en 12 ciudades, 21 villas, 705 pueblos y muchos otros valles, caseríos, haciendas y sitios.

(Continuará.)

SECCION DE VARIEDADES.

Vergüenza para los libre-pensadores.

La Escuela de los libre-pensadores tiene la desgracia de no tener maestros ni caudillos, solo discípulos y secuases.

Porque todos los hombres célebres, cuyas obras cita y con cuyos nombres se gloria, la han abandonado al fin; y retractando sus errores, se han hecho católicos y han muerto arrepentidos en los brazos de la Iglesia.

De modo que sus discípulos son los herederos de sus errores, sin heredar sus retractaciones, y profesan aquello mismo que sus maestros condenaron.

Los principales libre-pensadores, La Metrie, Du Marsais, el Marqués de Argens, Boulanger, todos ellos se convirtieron despues al catolicismo, y condenaron públicamente sus sistemas.

Este último, Boulanger, declaró: "*Que interiormente habia siempre respetado la Religion y que al escri-*

bir contra ella, habia siempre sofocado la voz de su conciencia, dejándose llevar por la vanidad y arrastrar por los aplausos y elogios que le tributaban los filósofos." No permitió entrar á su alcoba á los que le habian seducido; pidió y recibió con gran piedad los Santos Sacramentos.

MAUPERTIUS, el célebre sabio que habia reducido la *no existencia de Dios* á una fórmula algebraica, murió fervorosamente en los brazos de dos capuchinos.

LA MONTAGNE, que puede considerarse como el precursor de la *Filosofía moderna*, murió por un esfuerzo de piedad, levantándose de la cama, sin que nadie pudiera impedirselo para adorar la Sagrada Eucaristía que entraba á su cuarto!

Sabido es cuantas veces VOLTAIRE, el oráculo y el patriarca de los *modernos filósofos*, se retractó de sus errores y condenó sus obras y cuantas veces volvió á los mismos, y volvió á jurar odio á la Iglesia; porque Voltaire era incapás de permanecer en el bien.

Un sueño pavoroso que tuviera despues de sus crápulas nocturnas, sirvió muchas veces para hacerle confesar sus pecados á los pies de los ministros de la Iglesia.

En 1760 se dió á conocer públicamente como cristiano, se confesó, oyó misa, y aún convirtió al catolicismo á muchos calvinistas.

Al poco tiempo, en 1766, apostató y, peor que un gentil, escribió multitud de folletos obscenos é impíos.

En 1768, Voltaire se convirtió otra vez á la Iglesia católica, condenó sus obras, retractó sus doctrinas y se confesó con el P. Adam, y en 1769 se confesaba con el P. José Capuchino.

Pero el mismo año 1769, escribió la *historia de Luis XV; la Biblia últimamente explicada, las cuestiones sobre la enciclopedia*, donde se encuentran la incredulidad y disolucion mas impúdicas.

Habiendo caído enfermo en Paris en 1778, se confesó de nuevo con el Abate Gautier y protestó que queria morir como verdadero católico. Poco tiempo despues se volvió filósofo, . . . se hizo inscribir en la *Masonería*, y se dejó adorar por los Masones como un Dios.

En fin, por un efecto de los terribles juicios de Dios, Voltaire llegó á su última enfermedad. Pidió primero con instancias, despues con súplicas, despues con desesperacion, despues con gritos frenéticos, algun Sacerdote que lo reconciliara con Dios.

Sin embargo ¡caso horrible! ningun Sacerdote pudo llegar.

Entónces Voltaire, mordiéndose las manos y los brazos, golpeándose la cabeza, comiendo sus propios excrementos que él llevaba del vaso á la boca con sus manos, vomitó entre esas inmundicias blasfemias, que ni Juliano apóstata habria osado proferir.

Como todos los presentes retrocediesen ante aquella horrible excena, gritó con un ahullido infernal: "*¡Muerdo abandonado de Dios y de los hombres!*" Con ese grito, el alma le salió del cuerpo.

"*Espectáculo en verdad horroroso*, dice Mr. Tronchin, el médico que lo asistió en su última enfermedad y testigo ocular de su muerte, *espectáculo en verdad horroroso, y que hubiera bastado á desengañar á todos sus discípulos, si todos hubieran podido estar presentes.*"

De este modo la Escuela de los libre-pensadores, y de los *modernos ilustrados* tiene la vergüenza de no tener *maestros ni caudillos*, solo discípulos y secuases; pues sus principales caudillos han reprobado sus obras, condenado sus sistemas, y convirtiéndose á la Iglesia.

No les queda mas que Voltaire, que, no mereciendo ser católico, se vió obligado á permanecer libre pensador, y á ser la eterna ignominia de su secta.

Extractado del Feller.

La escuela sin Dios

POR MONSEÑOR SEGUR.

Del crimen de los que envenenan el espíritu y el corazón de la juventud.

El Código penal castiga con la muerte á los envenenadores, y tiene razon. No hay nada mas odioso ni mas cobarde, que esta forma del crimen.

Mas, decidme:—¿Quién es mas culpable; el que envenena y mata el cuerpo, ó el que envenena y mata el alma? ¿No es el alma la que nos hace hombres?

El alma es cien veces, mil veces superior al cuerpo. Por lo tanto, si envenenar, matar el cuerpo es un crimen tan atroz, ¿cuál no será, cuando se trate del alma?

Más la Francia está cubierta de gente que, á la vista y presencia de todo el mundo, envenena las almas, no con arsénico ó cardenillo, sino con abominables doctrinas; las cuales, penetrando poco á poco en el espíritu, lo hacen incrédulo, impío y rebelde y llegando hasta el corazón, le inspiran el gusto por el mal, el odio á Dios, el hábito del vicio.

Esos envenenadores públicos, son todos los que ó de un modo ó de otro, enseñan el error, sea en religion ó ya sea en política.

Son, en primera fila, los malos institutores y malas institutrices, los maestros, y maestras de escuela sin religion, sin principios.

¿Qué enseñan ellos á las inocentes criaturas que se les confían? A leer, á escribir, está bien; pero les enseñan tambien y ante todo, tanto con sus ejemplos como con sus palabras, á vivir sin Dios, á despreciar las Santas prácticas de la Religion, á mofarse del Sacerdote, á desdeñar la oracion, la santificacion del Domingo, las leyes eclesiásticas, la confesion, el cumplimiento de la Iglesia. . . .

Los acostumbran á no hacer el bien por conciencia ó por deber, sino á buscar ante todo, su interés personal, á ganar el dinero, á ser egoistas.

Los que lo cometen deberian ser tratados como los peores criminales; tanto mas criminales, cuanto que atacan á criaturas inocentes, sin defensa, que creen fácilmente lo que se les dice, é imitan seguramente lo que ven en otros.

Los que lo dejan cometer, y, mas aún, los que lo hacen cometer, son unos miserables, enemigos de Dios y de la Sociedad; no hay nombre para afrentarlos.

Si la justicia humana es bastante ciega para no castigarlos, la inexorable justicia divina los espera á su salida de este mundo; y el tremendo Juez, ante el cual comparecerán entónces aterrorizados, lo ha declarado en su santo Evangelio:

"En verdad os digo, que á cualquiera que escandalizare á uno solo de estos pequeñuelos que creen en mí, mas le valdría ser precipitado en el fondo del mar, con una piedra de molino al cuello."

Ahora pues, no es á un niño, es á toda una generacion de niños á quienes escandalizan, es decir, pierden y corrompen el maestro y la maestra de escuela sin religion; y estando bautizados estos niños, siendo cristianos, de ellos es de quienes habla aquí directamente Jesucristo.

Escandalizarlos, es cometer un asesinato sacrilego; es arrebatarse á Dios el espíritu y el corazón de sus hijos.

¡Desgraciado el hombre que comete ese crimen! y ¡Desgraciada la Sociedad que lo deja cometer!

¡Ay de los diarios que lo predicán! ¡Ay de los hombres públicos que se atreven á erigirlo en ley!

Toda la ley contraria á la ley de Dios, es nula y de ningun valor. La conciencia prohíbe someterse á ella; sería apostatar.

Si nuestros impíos consiguen hacer erigir en ley su sistema de educacion anticristiana, entraremos en la senda de persecucion declarada, y ese será el caso tanto para los padres y madres, como para los hijos, para los Sacerdotes como para los laicos, de repetir la gran palabra pronunciada en otro tiempo por los labios de los Apóstoles:

"Es preciso obedecer á Dios antes que á los hombres."

(De "El Creyente" de Catamarca.)

Intolerancia del Protestantismo.

Para exagerar hasta lo sumo la intolerancia de los católicos, se habla continuamente de las crueldades del tribunal de la *Inquisicion ESPAÑOLA*.

Dichas crueldades solo se fundan en la autoridad de la única historia que hasta ahora existe de ese *tribunal*, escrita por un eclesiástico *apóstata*, traductor tambien de una novela sumamente obsena.

El Abate Juan Antonio Llorente, tan exaltado en sus opiniones liberales y racionalistas, fué destituido por la misma Inquisicion del cargo que ejercía de Secretario y emigró á Francia, donde para vengarse, inventó cuanto puede sugerir contra un enemigo el odio mas exaltado y ciego.

Cuando se publicó su obra, todos se levantaron contra la falsedad de sus narraciones, y requerido el autor por las pruebas, dijo que: *"las habia hecho desaparecer, quemando todos los documentos de que se habia servido para escribir su obra."* Fué desterrado por esta razon de Francia, y murió en la miseria.

Esta obra es *el caballo de batalla* de todos los que acusan á la Iglesia católica de intolerancia y de crueldad sangrienta.

Estos acusadores tienen ojos de lince para exagerar hasta las fábulas mas inverosiles, acerca de la Inquisicion Española, y no tienen ojos para ver las crueldades mil veces mas sangrientas del protestantismo.

Basta leer la historia de Inglaterra, y fijarse en los reinados de Enrique VIII y de Isabel, que, segun no pocos autores ingleses, dejaron muy atrás cuanto de la Inquisicion se ha exagerado é inventado.

En cuanto á Enrique VIII es sabido que condenó á muerte, solo por el delito de ser católicos y de no querer hacerse anglicanos, á dos reinas; 2 cardenales; 2 arzobispos; 18 obispos; 13 abades; 500 priores y religiosos; 38 doctores; 12 duques y condes; 146 caballeros; 124 ciudadanos y 110 mujeres.

En cuanto á los horrores de Isabel Reina de Inglaterra, hé aquí como habla el protestante Cobbet.

"El oír ó decir misa, el confesar y confesarse, el enseñar la Religion católica ó ser instruido en ella y el proteger el culto católico, todo era para ella (Isabel) un gran crimen, que castigaba con mas ó menos severidad. Las cárceles, los calabozos estaban llenos de víctimas: por todas partes se veía ahorcar y dar los mas horrosos tormentos. Todo aquel que no frecuentaba las iglesias protestantes tenía que pagar cada mes lunar una multa de 20 libras, que equivale á 250 libras anuales (1,250 duros de nuestra moneda.) A pesar de esto, miles de miles de católicos dejaban de asistir á ellas, pero miles de miles veían por este motivo allanadas y saqueadas sus viviendas. . . ."

"Ningun católico, ó tenido por tal, gozaba un momento de paz y de seguridad. A todas horas, particularmente por la noche, entraban los esbirros de la Reina en sus casas, derribando las puertas; una porcion de malvados que se internaban á cuadrillas en los cuartos, penetraban en los despachos, y gabinetes, hacian pedazos las cómodas, los cofres y demas muebles, revolvían las camas, registraban los bolsillos, y

en fin buscaban por todas partes sacerdotes, insignias sacerdotales, cruces, libros ó cualquiera persona ó cosa perteneciente al culto católico, &."

El Abate Destombes hace subir á 1,200 las personas que fueron condenadas á muerte en medio de los mas horribles suplicios, durante el reinado de Isabel, asaber: 3 arzobispos, 18 obispos, un abate, todos los religiosos de 4 conventos, 30 deanes, 40 arcedianos, 60 prebendados, 130 sacerdotes, 40 doctores en Teología, 18 doctores en Derecho, 15 directores de Colegio, una Reina, 8 condes, 18 loores, 26 caballeros, 326 nobles y 60 señoras.

"Una de estas, por solo el delito de haber recibido en su casa á un sacerdote como maestro de sus hijos, fué condenada al siguiente horrible suplicio. Despues de haberla desnudado de sus vestidos, y puesto en su lugar una larga bata, la tendieron en el suelo; despues de atarla de pies y manos á cuatro postes, y de haber colocado debajo de su espalda una piedra del tamaño del puño, le pusieron encima del cuerpo una pesada puerta, sobre la cual fueron poniendo peso hasta 600 ú 800 libras, ó sea unos 7 ú 8 quintales. "¡Jesus! ¡Jesus! ¡Tened piedad de mí!" exclamaba la víctima, la cual, despues de un cuarto de hora de horribles dolores, murió de tal suerte aplastada por aquel enorme peso, que le salian al través de las carnes y de la piel las costillas rotas."

Compárese la autoridad que tiene la historia de Inglaterra, con las novelas inventadas por Llorente acerca de la *Inquisicion Española*, para formarse juicio sobre la verdad de los hechos.

Pero aun suponiendo verdad lo forjado por Llorente, siempre sería verdad que la intolerancia atribuida al Catolicismo es mucho menor, que la *Intolerancia del protestantismo*.

A la Soberbia.

Entre todos los vicios capitales
¿Cómo es que ocupas tú el lugar primero?
¿Quién darte pudo el execrable fuero
De ser el peor y raiz de todos males?
¿Más por ventura, fuiste
La que, vilmente astuta, conseguiste
Derramar ¡ay! de lleno
En ambos paraísos tu veneno?

Tú alborotaste el mar y tú á la tierra
Desde el norte hasta el sur temblar hiciste;
Cuando la audaz idea á Luzbel diste
De alzarse contra Dios y armarle guerra:
Por tí quiso arrogante
Hacérsele en un todo semejante,
Y en las cumbres del cielo
Fijar su trono con rebelde anhelo.

Las legiones de espíritus infieles,
Que por tu influjo atrajo á su partido,
Despues de aquel combate tan reñido
Contra Miguel y sus guerreros fieles,
Con su caudillo insano
Arrojó Dios por su terrible mano
Al hondo y negro averno,
Donde arden y arderán en fuego eterno.

Por tí encibió Adán el vano intento
De ser cual otro Dios, si es que comía
Del fruto que vedado le tenía
El mismo Dios con justo mandamiento:
Comióle, y de improviso
Lanzado fué del bello paraíso,
Y á muerte condenado
Despues de un vivir triste y afanado.

Y menos mala esta desgracia fuera
Si á solo á Adán y á su mujer tocase,
Si en ellos dos tan solo se quedase
Y á su estirpe infeliz no trascendiera:

Mas por tí, fementida,
Yace gimiendo triste y abatida,
Siendo toda su suerte
Hambre, cansancio, sed, miseria y muerte.

¿Cuántos males por tí nos han venido,
Atrevida soberbia? Tú te opones
Directamente á Dios, pues te propones
Arrogarte el honor que le es debido:
Tú las virtudes minas
Y derriba tal vez; tú contaminas
A todo lo que lo que toca
El pestífero aliento de tu boca:

De dones que no tienes, tú te precias;
Y si tienes alguno, lo encareces
Hasta el mas alto punto. Raras veces
Dás alabanza a nadie, antes desprecias
A todos insolente;
Si acaso alabas, es tan fríamente,
Que siempre menoscabas
El mérito del mismo á quien alabas.

Hé aquí tus obras, mónstruo de tres lenguas,
Que cual sierpe feroz tres lenguas vibras:
Tirano odioso, que tu gloria libras
En ensalzarte sobre ajenas menguas;
Vete, vete en mala hora
A la region del llanto, donde mora
Aquel que derribaste,
Y de ángel en demonio transformaste.

¡Dulce y mansa humildad, afable y pía,
Que hendiendo el aire y penetrando nubes
A la alta silla dignamente subes
De dó cayó Luzbel por su osadía!
Ven, humildad graciosa,
Ven á mi ccazon, en él reposa,
Fija en él tu morada
Y á la soberbia audaz cierra la entrada.

FR. VICENTE MARTINEZ COLOMER,

A ULTIMA HORA.

Hemos leído en "El Diario Oficial" del 30 del corriente, una carta del Señor Don G. Carrion M. de la Rosa Redactor de "El Horizonte" de Guatemala, dirigida al Señor Ministro Don Pedro Melendez, suplicándole ponga á la disposicion de la Sociedad de Artesanos de esta Capital, cincuenta suscripciones de dicho periódico que obsequia.

Tambien hemos leído los correspondientes elogios y alabanzas que el Señor Redactor del *Diario* hace de dicha accion y de dicho periódico.

Nosotros, sin dejar de apreciar toda accion que tiende al *verdadero progreso* de nuestra patria y de nuestras instituciones, sentimos y sentimos muchísimo el obsequio de "El Horizonte," por que creemos que, lejos de producir progresos, tiende á causar graves males al Salvador.

Por desgracia esa publicacion se propone no más que desvirtuar la Religion católica que profesa el Salvador, con las armas de la calumnia, del insulto, y aun de la inmoralidad, sin respetar ni las creencias sociales, ni los principios mas elementales de la ciencia y de la historia.

Esta ha sido la causa porque muchas familias de la República de Guatemala y aun de Centro-América, no han aceptado su suscripcion y tienen un especial cuidado de que no penetre en su recinto.

Tenemos sin embargo la esperanza de que en el suelo salvadoreño, del cual la Sociedad de Artesanos es una bella seccion, no producirá sus naturales frutos. Porque, digan lo que quieran los que hablan del Pueblo Salvadoreño sin conocerlo, él es demasiado culto, para rechazar todo lo que no es noble, y demasiado religioso para repeler todo cuanto hiere sus convicciones y la fé tradicional de sus padres.

IMPRESA DE "EL COMETA," PLAZA DE SAN JOSÉ.